



AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VILLALBA

JOSE LUIS GARCIA MATO, mayor de edad, viudo , maestro nacional, con domicilio en la calle Concepción Arenal , número 14, piso 2º al Excmo. Ayuntamiento de Villalba atentamente se dirige y ruega:

QUE sean admitidos para concursar en el Primer Certamente Literario del Excmo. Ayuntamiento de Villalba los trabajos que, firmados por el exponente , fuerann publicados en EL PROGRESO , de Lugo, los días 31 de Julio y 2 , 3 , y 5 de Agosto del año en curso, a cuyos efectos acompaña a la presente instancia tres ejemplares de los diarios en que vieron la luz dichos trabajos bajo el tema " Villalba y su comarca" y con los títulos de SANTA MARIA DE MONTENEGRO, VILLALBA: UNA PUEBLA QUE ES EN GALICIA, UILA ALUA y VILLALBA, FLOR GALLEGA. Dichos trabajos concurren por la Base 2ª .

Es gracia que espera alcanzar por 'ser de justicia que pide en Villalba a cinco de Agosto de mil novecientos setenta y cinco .

Santa María de Montenegro

Por José Luis García MATO

"Las tierras de Villalba son como "as froliñas dos toxos" que cantó Noriega Varela. No hay en ellas grandes ciudades episcopales, ni monasterios famosos. Son una tierra más bien llana, en todos los órdenes. Más que historia propia, sin perjuicio de los meritorios esfuerzos de don Manuel Mato, por construirla, Villalba sigue la historia de las grandes casas señoriales de Galicia, hasta comienzos del siglo XIX". Tal escribe Manuel Fraga Iribarne en un artículo publicado en la revista LUCUS, número 8, correspondiente al mes de diciembre de 1960, dedicada a Villalba. Y continúa: "Sabemos que en el siglo VI, en un Concilio celebrado en Lugo, estas tierras estaban incorporadas al Condado de Montenegro; en época muy posterior, nuestra villa aparece como SANTA MARIA DE MONTENEGRO, y también VILLALBA DE MONTENEGRO". Aclararé al lector que la abundancia de mayúsculas se debe a mi intervención personal, pues Fraga Iribarne escribe, sencillamente, Santa María de Montenegro y Villalba de Montenegro. Lo digo en honor de aquellos lectores --siempre los hay-- a quienes puede ocurrírsele comprobar el texto original citado.

Sin perjuicio, también, de lo que Manuel Fraga Iribarne deja escrito, consultaré a Manuel Mato, mi antepasado, y a Antonio García Hermida, mi padre, para fijar líneas más definidas el origen de este nombre, antiguo nombre de la Villalba actual, que sin duda para la mayor parte de los villalbeses de hoy resultará desconocido y, por ello, sorprendente.

El primero de enero de 1908, la revista mensual EL ECO DE VILLALBA publica un artículo original de Manuel Mato Vizoso, fechado en 16 de diciembre de 1907, con el título: APUNTES PARA LA HISTORIA DE VILLALBA-EL CASTILLO. En ese trabajo, el historiador, poeta, pintor y dibujante Manuel Mato, nos descubre a SANTA MARIA DE MONTENEGRO. Cedámoste la página virgen y leamos lo que él escribió en el año 1907.

"Pero si nos fijamos en que antes del siglo XIII, el pueblo de Villalba era conocido con el nombre de Santa María de Montenegro (Vid. Esp. Sag. 18. Ap. 21); que en documentos (que podemos presentar), pertenecientes a los siglos XV y XVI figura aún esta villa, en las fechas, como "Villalba Montenegro"; en que diversos privilegios, publicados por los PP. Flórez y Risco --con especialidad en los temas 18 y 40 de la España Sagrada-- hacen alusión a la "Tierra de Montenegro"

mencionando lugares que fácilmente se identifican por los nombres que hoy tienen y se prueba aún por otros conceptos que pertenecen al territorio de Villalba; en la antigua existencia de un Condado de Montenegro, que se encuentra entre los once condados lucenses del tiempo de los suevos, y si esto mereciese desconfianza, se encuentra por lo menos mención de un territorio montenegrés en el famoso testamento de Odoario, Obispo de Lugo, y en la donación de Abala del año 974, citada por el Padre Flórez (tomo 18, cap. 4, pág. 106); en fin por estas razones que se indican y aún por otras que omitimos para no dar demasiada extensión a este artículo, en que nos hemos propuesto sinceridad y concisión, creemos indudablemente que los vestigios expresados son los de un pueblo que tuvo el nombre de Montenegro". Y sigue.

Y ahora dejemos que García Hermida transcriba a la página blanca lo que escribiera en 1911 (La Voz de Galicia, pág. 1, reportaje con el título de "Villalba.-- Del Pasado, del presente y del porvenir") sobre el pueblo que amó más que a su propia vida:

"Su fundación --se refiere a Villalba-- es antiquísima. Ya a fines del siglo XIII o principios del XIV, el infante don Felipe, hijo del Rey don Sancho el Bueno y de doña María de Molina, obtuvo la donación, en privilegio, del Castillo de Villalba con su alfoz y tierra, denominado entonces de Montenegro. Poseionado don Felipe de la fortaleza, sufrió cerco horroroso por don Fernán Ruiz de Castro, señor de Lemos. Arrasado casi el castillo por el año mil cuatrocientos ochenta y tantos, fue reedificado por los Andrade, creándose en aquella fecha el condado de Villalba".

El nombre de Montenegro llegó hasta los tiempos actuales y así lo recuerda don José Trapero Pardo --revista LUCUS ya citada-- al escribir.

"Pasaron los tiempos. Pasaron los hombres ilustres de los condados villalbeses. Pero quedaron sus nombres. Y quedó, enhiesta, la más espectacular torre del homenaje que se alza en gallegas tierras. Otros nobles e hidalgos la poblaron. Y de ellos quedan recuerdos también en la villa, como aquel blasón que, sobre un altar del templo parroquial gime aún el lamento que es orgullo de Baamondes y Montenegros: "Montenegro ha sido este para mí", recordando hazañas de hombres también ilustres que ganaron gloria y fama sirviendo a la Patria, fuera de la jurisdic-

ción Fernán Pérez, de Nuño Freyre, de Diego y Fernando de Andrade...".

Creo que con este trabajo, en parte, queda aclarado el origen de Santa María de Villalba y confío en que los villalbeses sepan disculpar mi impericia posible, al tratar esta cuestión, en atención al trabajo que me ha costado desenterrar estos datos de su olvidada tumba de papel.

Villalba: "Una puebla que es en Galicia"

Por José Luis García MATO

"Villa Blanca, esta Villa Alba de los documentos. Y blanca aún hoy, en los bordes de la Tierrallana, esta villa, que si por un lado saluda a la planicie luguesa, la desduda por otro. El río ha excavado una especie de foso, como si quisiera impedir que la llanada avance más al Norte, trayendo consigo los agros y searas, montes donde la carquesia o carqueixa crece, y al padre Miño, señor de la meseta. No logró el río del todo su afán, porque aún las tierras llanas le desbordan un poco por Roupar o por las "lomas" del Carrizo. Pero la verdad es que, más allá de Ladra, las tierras se empujan por San Simón, por el Montouto, por toda la sierra de la Carba, con lo que pueden asomarse por un lado hacia aguas cantábricas y por el otro a las dilatadas tierras villalbesas, montenegrinas, meiregas".

Hermosa descripción, la que antecede, de Villalba y de las tierras que a la comarca villalbesa pertenecen. Es don José Trapero Pardo el que así escribe en un trabajo sobre Villalba que publica la revista LUCUS correspondiendo a diciembre de 1960, ya citada en mi artículo anterior. Pero tanto

como esa descripción y aún más por lo que se refiere a la finalidad del presente trabajo, importa el que Trapero emplee las denominaciones de Villa Blanca y Villa Alba, al referirse a nuestra villa, porque vamos a ver y a demostrar de donde proceden esos nombres, su por qué.

Allá por octubre de 1953 —el día 11— Antonio Cillero dedicaba a mi pueblo un artículo, en estas páginas de EL PROGRESO, que tituló "Villalba bajo su pravia" y en el que decía entre otras

cosas: "No sé si Villalba viene de "villa-alba" porque se me ha ocurrido ahora —nada extraordinario—, pero no lo había oído nunca. Yo tampoco; sin embargo, ayudado de mis exiguos, aunque para el caso suficientes conocimientos del latín, lo había deducido. En efecto Villalba —el nombre— es, y no puede ser de otro modo, una palabra compuesta de las latinas "Villa,ae" —sustantivo— y "albus,a,um" —adjetivo—. Sus respectivas significaciones: caserío, para la primera y blanco, cándido,

para la segunda. En este sentido las emplea un clásico latino, autoridad de gran talla: Cicerón. Villalba significa, pues, Villa Blanca. No hay lugar a dudas.

Pudiera acontecer que alguien pusiera en tela de juicio lo que acabo de afirmar por ser yo, literato aficionado, escasa autoridad en la materia que me ocupa. Recurriré, por lo tanto, una vez más, a otra autoridad indiscutible en cuanto concierne al pasado histórico villalbés: la de Manuel Mato Vizoso. Y ello con gusto y sin sonrojo, pues tal es mi costumbre de citar las fuentes en las que bebo mi conocimiento. El citado autor dejó escrito en sus JURISDICCIONES Y COTOS ANTIGUOS DEL PARTIDO DE VILLALBA ("La Idea Moderna", Lugo, 22 de abril de 1904): La noticia más antigua que tenemos de Villalba —debida a la amabilidad del señor Andrés Martínez Salazar, de La Coruña—, es la mención de un notario de "Uila alua" llamado Pedro Novo, que consta en documentos original, del año 1280, de la colección de documentos gallegos de dicho eminente escritor.

En el capítulo X de la Crónica del Rey Fernando IV se hace referencia a un riguroso sitio que sufrió el Infante don Felipe, tío del Rey, en Villalba, "una puebla que es en Galicia" muy a los fines del siglo XIII o principios del XIV". Lo que sigue no es de este lugar.

Queda, pues, demostrado que ya en 1280 se denomina a nuestra villa con el nombre actual, teniendo en cuenta que la "u" de "Uila" y de "alua" ha de leerse como "v", por tener ese valor. No conociéndose en la actualidad la verdadera pronunciación del latín, es de suponer lógicamente que el vulgo —los españoles y los mismos latinos— pronunciasen y escribiesen la "v" como "u" y así pasó a nuestra lengua, en la cual perduró durante siglos mientras se verificaba el proceso de evolutiva formación que condujo al castellano actual. Escritura curiosa, de muy paretido tipo, aun puede verse en libros editados, por ejemplo, en los años 1723 y 1733, de los cuales yo poseo dos.

Por cuanto antecede, en mi opinión, queda fundamentado el origen etimológico del nombre de Villalba, nombre que, como hemos visto, equivale a Villa Blanca, según el significado de las palabras

simples, derivadas del latín, que formaron la compuesta Villalba. Lo que no hemos visto —aún— fue la razón, el motivo que dio lugar a tal denominación. Ahora vamos a ver tal razón y tal motivo.

En el curso de mis indagaciones tuve la suerte de encontrar un viejo periódico villalbés —"El Eco de Villalba", 30 de junio de 1910— en el cual se publicó un trabajo del entonces ya fallecido y tantas ve-

ces por mí citado Manuel Mato Vizoso, titulado "DE LA TIERRA DE MONTENEGRO Y COTO DE VILLARENTE", en el cual puede leerse:

"Parece que después del incendio del antiguo poblado de este nombre, a la vez que con el mismo se continuaba designando la parroquia, o por lo menos seguía unido al artículo de su iglesia, se percibe en el primer tercio del siglo XII, el origen de la villa actual de Villalba, que se levantaba sobre los escombros del pueblo antiguo con la nominación de Villa de Villarente, cabeza de un coto así llamado, que ya en el año de 1117 cede la reina doña Urraca al obispo mindoniense y aparece en 1128 constituido con 22 parroquias".

Y en otra parte del mismo trabajo el mencionado Manuel Mato escribe:

"...así como al principio de dichos documentos se dice "la villa de Villalba de Montenegro y su alfoz... en el mi Regno de Galicia": términos que identifican esta villa por la mención de dichas parroquias de su comarca y demás, demuestran el largo periodo que subsistió el nombre de Montenegro, desapareciendo el de Villarente, que no aparece mencionado después del año 1202, tal vez fue designación oficiosa impuesta por algún señor del mismo coto, no aceptada por el vulgo, el cual, merced al aspecto que por su blancura debió ofrecer la nueva villa, la designaría con el adjetivo de alba (blanca), que al fin quedó como nombre propio, mientras el antiguo de Montenegro, pasando a segundo lugar, terminó por ser completamente olvidado".

Es completamente verosímil —a falta de documentos que demuestren lo contrario —la opinión del autor de las líneas transcritas, máxime si consideramos que él, profundo investigador —y no sólo

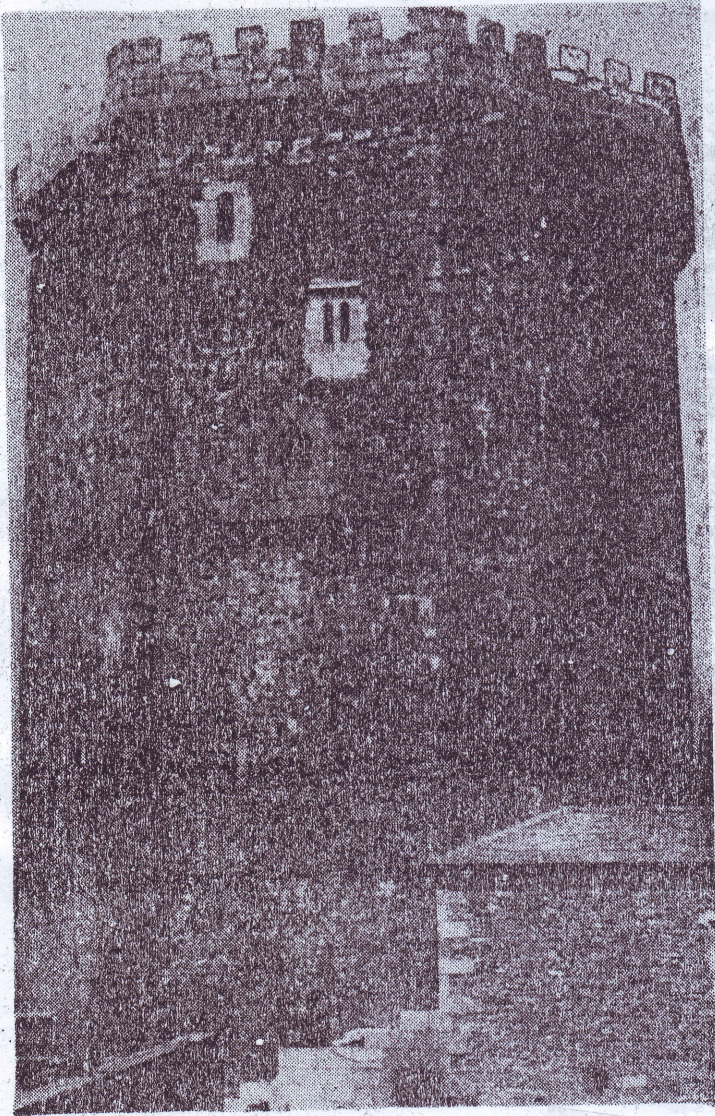
de cuestiones referentes a la historia de Villalba— no pudo encontrar pruebas concretas que transcurrieran la conjetura en juicio categórico e inapelable. Indudablemente hubo de ser así, como dice, ya que del contraste entre el aspecto de las primitivas y rudas edificaciones del antiguo poblado destruido por un incendio y la alegre y limpia —alba, blanca— presentación de las nuevas construcciones, no pudo menos de nacer

en las mentes de los habitantes de la villa, reconstruida desde sus cimientos, una idea de luminosidad y blancura que les hizo preferir el nombre de Villa Blanca —la que después había de ser Villalba— a cualquier otro. Y así, acabaron por imponer este último, contra toda oposición, aún desterrando, para lograrlo, las más tradicionales e históricas denominaciones. Vox populi, vox Dei.

EL PROGRESO, 3-8-1975

UILA ALUA

Por José Luis García MATO



La moie maciza de la Torre octagonal de los Andrade, preside la vida de la villa capital de la "Terra Cha", agrupando en su aire redor el trazo de las rúas villalbesas

Villalba «Uila Alua» del año 1280 en que aún vivía Pedro Novo, su notario, es —en el nombre— esta misma Villalba de hoy, si bien, con el paso de los siglos, han cambiado muchas cosas: los hombres, las costumbres, los gustos, los vestidos, las formas, el tamaño, el número de habitantes, las calles, las casas, los caminos. Incluso el paisaje ha variado un poco. Y no puede precisarse muy bien si todo esto es mejor o peor que lo existente ayer, cuando Rodrigo Sánchez, el fundador legendario, o cuando Fernán Pérez de Andrade, «O Bôo», que dicen que fue siempre un señor bueno, amado por todos sus vasallos; o aún cuando Nuño Freire, el déspota, que fue cruel y fiero señor y de quien sus

siervos dijeron que era «un señor muy fuerte y duro y que no lo podían comportar». No sé, porque yo soy un hombre de esta época y no creo como Jorge Mañrique que «cualquiera tiempo pasado fue mejor». No sé si el ayer de mi villa fue mejor o peor que el presente. Lo que sí sé es que fue distinto y que han cambiado muchas cosas, hasta la forma de vestir, la cual era aún típica y bien curiosa en el pasado siglo XIX, si hemos de creer en los dibujos que nos legó el historiador y poeta Manuel Mato Vizoso. En última instancia lo que puedo afirmar es que el ayer fue absolutamente necesario, pues nada hay sobre la tierra que pueda fundarse en algo intemporal. El tiempo es el cimientó sobre el que Dios

basó al mundo dejando que del libre alberio de los hombres dependiese el construir sobre él. Así nació Villalba, sin duda, la «Uila Alua» del notario Pedro Novo. La villa que, en algún tiempo, cuando aquel Rodrigo Sánchez de leyenda, u otro, no sé qué guerrero, o qué bandido, o qué señor, quiso aprovechar el cimientó de Dios. Y levantó un castillo que había de ser raíz y cuna y principio de la hermosa Villalba actual.

Aquella «Uila Alua» de 1280 que, ya lo hemos visto, antes fue llamada «Villa de Villarente» y luego «Villalba de Montenegro», presenció luchas cruentas y atroces hechos. Bien parecía que un dios adverso y envidioso de la belleza y feracidad del lugar quisiera borrar de él toda señal de vida. Casi lo consiguió sirviéndole de instrumento aquel señor de Lemos, Fer-

nán Ruis de Castro, el destructor. Pero algo supervivió en los hombres que escaparon a la muerte: el afán de reedificar, de aumentar, de crecer, de multiplicarse, de volver a vivir. Y «Uila Alua» siguió «siendo» porque no todos los hombres murieron, o bien porque otros nacieron llevando dentro ese castillo interior que no puede ser demolido por las guerras, ni por las enfermedades, ni por la miseria, la peste, la muerte y el hambre. Ese castillo interior, hecho con bloques de amor al lugar de nacimiento, que cada ser humano lleva dentro y deja, como precioso legado, a sus descendientes, al desaparecer físicamente. El amor a la tierra, al celaje, que se nos figura distinto; el amor al árbol, y a la fuente, y el ave y a la sombra y a la luz. El cariño hacia todo eso que se ha visto en el rincón donde se nace y que se ama ya siempre, aún más allá de las fronteras negras de la muerte. Ese amor profundo que nace en la niñez, crece en la juventud y se agiganta en la vejez, cuando ya se presiente que los ojos han de cerrarse pronto para nunca más volver a abrirse. Ese amor que hizo posible la realidad actual de mi villa y que yo, juglar villalbés, que aún no trovador, quisiera saber interpretar, reflejar, en versos recios y sonoros que recorriesen el mundo de confin a confin, cantando a Villalba, mi amada, pues no ignoro aquello que dijo Don Sem Tob de Carrió el Rabí, que

«La saeta alcança
hasta un cierto fito
más la letra alcança
desde Burgos a Egipto.

Y sé que escribir sobre mi villa es el gran medio de darla a conocer al mundo entero.

Toda guerra se hace por amor. Los hombres amaron a Villalba, durante siglos rudos y, por tanto, pelearon por ella y contra ella, con afanes de conquista o reconquista, como se lucha por una mujer. Hasta que la paz pudo llegar y la villa, «Uila Alua», crecer tranquilamente a sus pies tendido, verde alfombra de Dios, el valle feraz y exuberante. De los siglos pasados quedó un recuerdo de piedra que es esa Torre del Homenaje singular. Los siglos futuros verán lo que hoy es admirado por nosotros desde las tierras altas de Mourence, de Gondaisque o de Boizán: una
(Pasa a la página siguiente)

VILLA ALVA

(Viene de la página anterior)

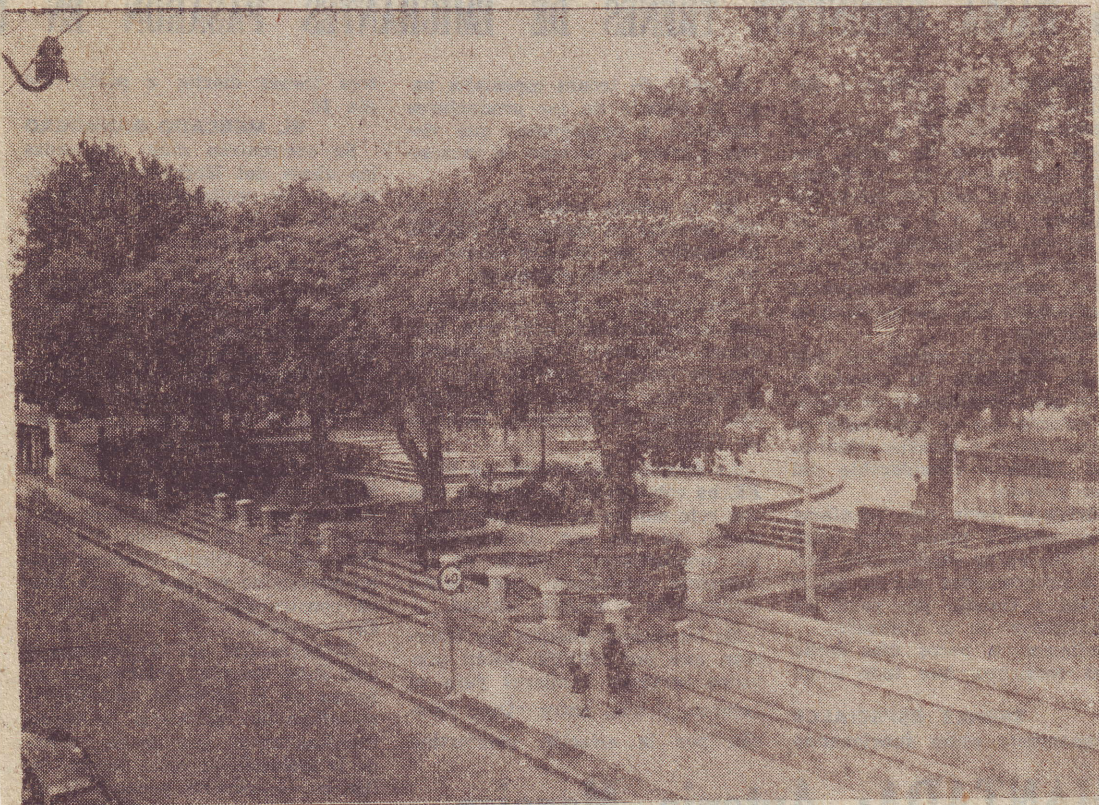
pirámide colosal, multicolor, que está hecha de piedra, de hierro, de cemento y madera, de cristal, esas cosas que combinan los hombres para construir edificios —jaulas grandes— en las que encerrar sus vidas pequeñas de termitas humanas. Los siglos futuros verán, he dicho, una pirámide, porque la villa está enclavada sobre un cerro, altonazo o colina, que las casas fueron cubriendo desde abajo, ocupando planos de elevación distinta, hasta llegar al castillo y avanzar

más allá y más arriba. Ahora han ganado la cima, sólido ejército al ataque. Mañana cruzarán los ríos para ganar las llanuras que hay al otro lado, y la villa será una ciudad que tendrá sus poetas, sus pintores, sus músicos y también sus políticos, como lo tuvo la villa. Entonces el fundador Rodrigo Sánchez, aquel que tuvo un sueño de piedra y mandó erigir el castillo, podrá dormir en su tumba, ya para siempre tranquilo, porque Villalba habrá alcanzado la plenitud que él soñó.

VILLALBA Y SU COMARCA (IV)

Villalba, flor gallega

Por José Luis García MATO



Señorío que fue del Conde de Lemos, protector de Cervantes. Aquí es Villalba. En boca de las gentes, en diarios, revistas y libros, andan los hechos memorables y los nombres que la Historia registró: Rodrigo Sánchez, fundador legendario, de existencia discutida Fernán Pérez de Andrade —O Bóo— respetado y querido, Nuño Freire de Andrade, odioso déspota, fiero y altivo y cruel. Diego de Andrade, plutócrata y humilde, que sabía ser orgulloso cuando la ocasión lo requería —se resistió a ser nombrado conde porque «no quería ser Conde de lo suyo»— y que fue señor de Puenteume, de Ferrol y de

Villalba, reconstructor del castillo y de la villalbesa torre «maestro de geometría», que dijo Alvaro Cunqueiro. Nobles condes, hujosdalgo, pecheros. Caballeros, escuderos, pajes. Gentes de lanza, escudo y arnés. Hombres rudos, batalladores fuertes, ambiciosos e inquietos. Pálidas damas de largas trenzas doradas que sonreían a los trovadores y entregaban su corazón al más galante y aguerrido doncel. Señores indómitos. Vasallos de pelo en pecho. Andrades, Castros, Freires, Pardos y Montenegros. He ahí las raíces humanas de la que hoy es Santa María de Villalba, Alba Villa, Villa Blanca.

En este punto conviene citar, una vez más, a don José Traperero Pardo (revista LUCUS, diciembre de 1960) para que no se diga que uno escribe cegado por la pasión y el amor hacia la tierra de la que nerra es. Escribe Traperero Pardo: «Un pasado que evoca personajes y grandezas. Pero también un presente, que prueba que Villalba, renovándose cada día, cruzada por comunicaciones que otra vez la convierten en centro de toda una zona, lanzando su vía principal hacia rumbos distintos de los que llevaba la vieja Calle Real, construyendo edificios e incluso barriadas completas de viviendas, instalando jardines y montando industrias, aumenta día a día en importancias y prestigio». Y termina diciendo: «Queda atrás la Villa Alba de los documentos. Presente está y con vigor renovado, Villalba, aún blanca villa, en las tierras luguesas, que late con poderosas cilindradas de motores, pero que piensa, sueña, pinta y escribe y ora con sus hijos de hoy, que triunfan España ade-

EL PROGRESO, 5-08-1975 (cont.)

lante y que dan, a la vez que a la Patria grande, honor y prestigio a la Patria chica».

Villalba. Tierra de combate durante siglos, algo había en ella de valioso para merecer que los hombres luchasen y muriesen por su posesión. Y, ciertamente, ese algo existía. Aquellos hombres guerreaban por conquistar un remanso. Combatían, enamorados, por el amor de una misma belleza. Como Francisco I y el César Carlos, estaban de acuerdo. Estos querían Nápoles. Ellos amaban a Villalba. Y sabían que, por lograrla, valía la pena de luchar y también, llegado el caso, de morir. Y no se equivocaban.

Cruce de caminos, defendido por un viejo castillo, que guardaba los puentes» —la definió Manuel Fraga Iribarne—. Pero Villalba es más que eso. Ahí están las tierras ubérrimas de Lanzós, Santaballa y Goiriz, Sancobad, Boizán, Mourénce, San Juan de Alba... Así hasta veintinueve parroquias que, con la propia Villalba, completan las treinta que componen el Ayuntamiento. Trigales, tierras de centeno, de patatas y maíz. Robles, pinos, abedules, castaños, manzanos, perales, cerezos. Espesos matorrales. Tojos de flor amarillenta que en lugares crecen desmesuradamente hasta llegar a ser altos como álamos. Juncos, eucaliptos, laureles. Aquí y allá el espino y el boj. Corrientes innumerables que rodean la villa —brillo de plata y cristal— y recorren yendo y viniendo la comarca villalbesa para regarla toda, para regarla bien, porque saben que el agua es pan para la tierra. Extensos praderios, verdeantes al sol, que en primavera se cubren de margaritas para alegrar a las vacas de grandes ojos tristes, rumiantes pensativos, que entonces ya empiezan a soñar lento y largos sueños de hierba seca y olorosa. Tierra que fue de «canteiros» famosos, de «oleiros» y «zoqueiros». Tierra que aún lo es de pazos, de hórreos, de ermitas y cruceiros, donde la gente cree en Dios y le reza hincando las dos rodillas en el suelo. Tierra en donde se hacen los quesos famosos de San Simón y se crían los mejores capones del mundo. Esta es Villalba, remanso de paz, lejos los siglos feroces que la vieron nacer y nos legaron, por suerte, sólo lo bueno que tenían: religiosidad, fortaleza, espíritu de trabajo, hospitalidad, humildad, valor.

Y ahora... ¿qué decir? Acude a mi la ternura de Juan Ramón: «Este remanso, Platero, era mi corazón antes» ¡Villalba! Villa Blanca! ¡Flor gallega!... Geografía e Historia.